



Retrato de Musidora, por Julio Romero de Torres, pintado en 1921, que se conserva en el Museo de Buenos Aires.

El 21 de julio de 1917, un joven estudiante de Medicina lanza un ramo de rosas rojas sobre el escenario del pequeño teatro Bobino, de París. La autora e intérprete de la obra —el título es profético, «Le Maillot Noir»— recoge las flores convencida de no merecer tan espectacular gesto. Al día siguiente recibe unas líneas del desconocido admirador. Contenido de las líneas: «Lamento que el ignorante público francés no sea sensible a la presencia de una auténtica vampira sobre un escenario». Firma André Breton. Así nace uno de los mitos femeninos más obsesivos del surrealismo: el de Musidora, la mujer de las medias negras.

¿Quién fue Musidora? En verdad se llamaba Jeanne Roques y había nacido en París el 23 de febrero de 1889, el mismo año en que también nacieron Chaplin y la torre Eiffel. Se rebautizó Musidora en homenaje a la heroína de una novela de Teófilo Gautier, que enloquece al enterarse de que su misterioso amante ha muerto pinchado por una aguja envenenada. Sus padres, Jacques Roques y Marie Porchez, no eran los más indicados para fabricarse en el apogeo de la «belle époque» una hija «comme il faut». El padre era músico y tenía a gala el haber compuesto una sinfonía que él calificaba de libertaria y cuyo título era «El Vengador». No hubo forma de estrenarla. La madre fundó y dirigió uno de los primeros diarios feministas de Francia: «Sociologie, Féminisme, Art», que aparece en 1897. Fue también candidata en unas elecciones legislativas. Representaba al distrito quinto, y el lema de su cartel era «Amantes a la par».

MUSIDORA EN EL DADA, EN EL SURREALISMO, ... Y EN ESPAÑA

EMILIO SANZ DE SOTO

A nadie puede, pues, extrañar que el primer escándalo y detención de Musidora sucediera cuando ésta aún no había cumplido los cuatro años. Ocurrió en la muy respetable sala de los Concert Colonne. Una distinguida señora de la sociedad parisina, Augusta Holmes, estrenaba una sinfonía titulada «Au Pays Bleu». Nada más sonar los primeros compases cayó una lluvia de papeles sobre el patio de butacas. Intervino la Policía y el concierto fue anulado. A la

mañana siguiente comentaba «Le Figaro»: «Vergonzosa escena la que ayer tuvimos que presenciar en el Concert Colonne: una madre y una hija, ésta de tres años y medio —¡santo Dios, a dónde vamos a llegar!—, lanzaron desde el gallinero hojillas escritas a mano difamantes para la compositora "madame" Holmes. En ellas se podía leer el siguiente y ridículo texto: "Desconocido y sin fortuna, me veo en la obligación de protestar de esta forma no muy correcta por el

plagio de mi sinfonía «El Vengador», que la muy distinguida compositora conoce y ha recopilado mal. Lo lamenta: Jacques Roques". Un mes después, la Sociedad de Autores de Francia le daba la razón al «desconocido» compositor.

Musidora, niña precoz y excelente estudiante, obtiene en el liceo las máximas calificaciones, en compañía de sus íntimos amigos los hermanos Longuet..., nietos de Carlos Marx. Ser inquieto y dotado, quiere ser pintora, cantante, escritora —luego sería de todo un poco—, hasta que debuta como actriz en un vodevil de Keroul y Barré titulado «La noche de bodas». Sucedió esto el 15 de julio de 1910 en el teatro de L'Etoile, de París. A partir de entonces, Musidora se convierte en un personaje que aparece y desaparece en los más dispares géneros, y es sólo conocida y reconocida por un muy reducido grupo artístico y literario. Se la ve siempre en compañía de dos actrices: Colette, que acaba de publicar su primer libro con el nombre de su marido por seudónimo, y Marguerite Moreno, hija de una gaditana, que recita por los cafés-teatro los recién nacidos poemas modernistas franceses con acento andaluz.

Escribe Musidora: «Si interpretaba un vodevil, llegaba uno y me decía: "Lo tuyo es el drama", y allá que me iba. Si interpretaba un drama, llegaba otro y me decía: "Lo tuyo es el café-cantante", y allá que me iba. Fui lo más parecido que imaginarse pueda a un trompo. Todo el mundo tiraba de la cuerda. Hasta que un buen día me di cuenta de que giraba siempre alrededor de un mismo punto. A partir de ese momento, para mi suerte y para mi desgracia —lo

Nuevo préstamo-vivienda* de Bansander

¡ahora también para su chalet de recreo!

Disfrute desde hoy su chalet propio para toda la vida.

La vida en las ciudades resulta cada día más tensa y agobiante. Evádase hacia la naturaleza... a su chalet o apartamento propio en el campo o la playa... con el Banco de Santander.

Diversión y descanso. Caza, pesca. Todo puede ser suyo. ¡Desde ahora mismo! Con el nuevo préstamo vivienda del Banco de Santander.

El Banco de Santander le proporciona ahora hasta 2.000.000 de pesetas, que pueden representar el 75 % del valor de la vivienda y le ofrece... ¡hasta 10 años para pagarlo!

Los reembolsos son mensuales, comenzando la primera mensualidad a partir de los 120 primeros días. Eso es pensar en todo, para poner a punto su nueva vivienda propia.

TABLA DE AMORTIZACIONES 75 % a 10 años (incluidos intereses)

Para pisos cuyo valor se sitúe entre 500.000 y 2.700.000 ptas.

Importe Préstamo	Valor Piso	Mensualidad
375.000	500.000	5.155
1.125.000	1.500.000	15.466
1.875.000	2.500.000	25.775

BS BANCO DE
SANTANDER

viaje con nosotros al futuro

* una nueva modalidad
de servicio de Bansander para Vd.





Musidora con sus mallas negras. Cartel de Guy Arnoux.

MUSIDORA

uno y lo otro es lo mismo—, talaré mi punto y me instalé en él.

Mientras interpretaba con gran éxito el primer papel en «Claudina en París», adaptación teatral de la novela de su amiga Colette, un compañero de la compañía, Raphaël Clamour, le propone que participe en una empresa cinematográfica. Se trata de una cooperativa de inspiración sindicalista, creada por un grupo de jóvenes, y cuyo fin es realizar una serie de películas para los obreros, que serán proyectadas en las Casas del Pueblo. Estamos en 1913, y éste es, sin duda alguna, el primer intento de un cine para la clase obrera del que tenga una noticia. Los títulos que se conocen de las películas producidas por esta cooperativa —películas que jamás fueron proyectadas en circuitos comerciales— son de lo más reveladores: «El invierno, placer de los ricos», «El sufrimiento de los pobres», «Las miserias de la aguja o la clase obrera a domicilio»... Musidora intervino en esta última, interpretando a una de aquellas costureras que iban a las casas, se contrataban por hora, con comida o sin comida... Como era de esperar, la cooperativa duró poco, pero Musidora quedó encantada de aquella experiencia, y cuando meses después apareció en el camerino del teatro Louis Feuillade para contratarla de nuevo para hacer cine aceptó en el acto. Louis Feuillade había creado el estilo de la productora Gaumont, al igual que Ferdinand Zecca creara el estilo de la productora Pathé. Ambos eran partidarios de utilizar el recién nacido cinematógrafo de forma directa y eficaz, con gente nueva y para un público nuevo. Eran, por lo tanto, enemigos declarados de Albert Capellani, empeñado en llevar a la pantalla los grandes éxitos teatrales: «Don Juan», «Cyrano», «La dama de las camelias», con Sarah Bernhardt... naturalmente. El tiempo ha dado la razón a los primeros, y los «films d'art» de Capellani son sólo visibles como muestras de lo sublime ridículo. Con Louis Feuillade realiza Musidora no pocos melodramas «tan reales como la vida misma», hasta que al inventor del serial de «Fantomas», adaptado de la novela por entregas de Pierre Souvestre y Marcel Allain, se le ocurre la idea de «Los Vampiros», después de ver a nuestra actriz cubierta por unas mallas negras en una pieza teatral de su invención. Nace así el personaje de Irma Vep. Sucedió esto en 1915.

En 1917 —año este del ya citado gesto premonitorio de André Breton— sería Musidora la aventurera Diana Montí, alias la institutriz Maria Verdier, en otro nuevo serial: «Judex» (1). Poco tiempo

(1) Como muy bien señaló Manuel Villegas López en «Los grandes nombres del cine» —publicado como re-

después publica Louis Delluc el primer artículo de un escritor desconocido —de nombre Louis Aragon—, en el que éste otorga a Musidora la categoría de Décima Musa.

Estamos en 1919, llegan a París Tristán Tzara y Francisco Picabia. El Dadá presenta sus cartas creenciales. El 8 de marzo de 1920 se celebra la primera velada Dadá en la Maison de l'Œuvre ante los gritos de protesta y las injurias del público. El programa —que consiguió, no sin esfuerzo, llegar a su fin— constaba de las siguientes partes: lectura de unas cuartillas por Philippe Soupault; un número de prestidigitación a cargo de André Breton; el «Manifiesto canibal en la oscuridad», con texto y música de Francisco Picabia; «La primera aventura celeste del señor Antipyrina», de Tristán Tzara, y Musidora, única artista profesional invitada, interpretando la «Última creación Dadá».

De la llegada de Dadá a París al nacimiento del surrealismo median cinco años de febril actividad renovadora. O sea: de la aparición de la revista «Littérature» —1919— a la publicación del Primer Manifiesto Surrealista por André Breton en 1924. Y es precisamente en el transcurso de estos «años definitivos» que Musidora habría de vivir lo que el propio André Breton calificara de «vampirica» experiencia española.

La aventura española de Musidora

«De muy joven sentí una gran atracción por todo lo español. Y no tanto influida por las lecturas de autores que entonces me entusiasaban, como Alfredo de Musset, Próspero de Mérimée, Pierre Louys... como por algunos anarquistas españoles, amigos de mi padre, a los que mi recuerdo ha idealizado como si de santos laicos se tratara (...). Todo lo que he hecho en mi vida ha sido fruto de una corazónada. Mis amigos surrealistas calificaban a esto de "gestos premonitorios". El caso es que me marché a España convencida de que allí iba a encontrar lo que andaba buscando a ciegas, en sueños. Lo encontré en la persona de Antonio Cañero: «mi "amour fou"». Esto declara Musidora a un periodista de «Gringoire» en 1928.

Este «amour fou» no terminó, afortunadamente piensa uno, como

cortable en TRIUNFO—: «Las escalofriantes peripecias criminales de estos films —"Los Vampiros", "Judex"...— unidos a la provocativa belleza de Musidora, acabaron por atraer las iras puritanas sobre Feuillade. Se acusó a estas películas de romper el orden público, e, incluso, de haber inspirado las fechorías reales de la Banda Bonot, uno de los más sensacionales asuntos policíacos de aquellos tiempos».

lo deseara el padre del surrealismo: «Si no moris los dos atravesados por una misma cornada, no me vuelvas a escribir, Musa». De una postal de André Breton dirigida a Musidora, hotel Palace, Madrid.

¿Cómo empezó la aventura española de Musidora? Pues la verdad es que de una forma —en lo que cabe— bastante lógica. En su afán por probarlo todo, esta mujer se había iniciado ya en 1916 como directora de cine, con desigual fortuna, según su amigo Jacques Feyder. En la fecha que nos ocupa llevaba dirigidas cinco películas: «Minne, l'ingénue libertine» (1916), «La Vagabonde» (1917), rodada en Italia y correalizada por Eugenio Perego, «La Flamme Cachée» (1918) —estas tres adaptaciones, de su amiga Colette—, «Le Maillot Noir» (1917), un corto, al parecer interesante, que formaba parte de su pieza-espectáculo de igual título, y «Vicenta» (1919), un drama de inspiración vasco-española, rodado todo él en exteriores en Hendaya y en Pasajes de San Juan.

«Me enamoré del País Vasco, estuve a punto de comprarme una casita y juré volver a él a rodar otra película». Como no se ruedan películas todos los días en el País Vasco, Musidora cumplió su promesa fundando su propia productora, y lo hizo como se debe: sin dinero. Se llamó la firma Societé des Films Musidora. Lo importante era encontrar un tema que le permitiera conseguir créditos. Dado que el escritor en boga en Francia en aquel momento era Pierre Benoit —Koenigsmark— y «La Atlántida» se vendían como panecillos—, y que éste no había sido indiferente a las mallas negras, pues raro era el mes en que «Musi» no recibía una invitación para cenar en algún restaurante de lujo junto al novelista de moda, decidí pedirle un argumento que sucediera en el País Vasco. A vuelta de correo recibió la aceptación de Benoit. Nuestra directora-intérprete ignoraba que andaba precisamente trabajando en una novela para «La Revue de Paris» sobre un tema basado —es un decir— en las guerras carlistas. Como asesor contaba Benoit con un aristócrata español amigo-suyo, que durante años había vivido en París como refugiado político, naturalmente carlista. Se llamaba Jaime de Lasúen, y era, como se debe, hombre de dinero. Musidora vio el cielo abierto, consiguió que Lasúen se entusiasmará con la idea y le prestara casi la mitad del presupuesto de la película. El resto, con cartas de «monsieur» Benoit, lo consiguió de los Bancos. El 21 de mayo de 1920 ya estaba todo el equipo en Fuenterrabía dispuesto a rodar una producción franco-española que respondía —bastante mal, por supuesto— al título de «Pour Don Carlos»

o «La capitana Alegría». El disparatado argumento contaba las hazañas de una extraña y rica aventurera, Alegría Detchard, que, tras entregar su fortuna al servicio de la causa carlista, se alista como voluntaria —disfrazada de hombre— ocupa el palacio del gobernador, lo encarcela y le usurpa el puesto, pero éste, al descubrir que su enemigo es una mujer, se enamora de ella, se pasa a las filas carlistas, y al ser luego detenido y condenado por traidor, su amada, la capitana Alegría, lo libera, le ayuda a pasar la frontera, muriendo ésta al final suplantando a su amante. Para colmo de desgracias, Jaime de Lasúen se empeñó en codirigir la película, usando un sobrenombre francés: Jacques Lasseynne. Resultado: el film costó 500.000 francos, suma enorme para entonces, y duraba su proyección tres horas y media. Ni que decir tiene que se las vieron y se las desearon hasta conseguir que un distribuidor consiguiera estrenarla, por supuesto cortada. El 13 de diciembre de 1921 se proyectó en Madrid. Según Musidora, con éxito, y hasta afirma ésta haber recibido unas líneas de felicitación de Ramón Gómez de la Serna, a quien admiraba mucho. Se lo había presentado en París Valéry Larbaud. Pero fue durante el rodaje de esta disparatada película cuando Musidora conoció al gran amante de su vida: el ganadero y rejonador Antonio Cañero. Se lo presentó Jaime de Lasúen. La historia de estos apasionados amores contada por algunos comentaristas franceses de la época suena a españolada con «castagnette» del Chatelet. Sin embargo, por ser Musidora una mujer muy lejos de ser vulgar, por andar ya embobada en la mitología onírico-erótica de sus amigos surrealistas —ella misma recuerda haber asistido a las primeras experiencias de escritura automática—, a nadie puede, pues, sorprender que, cuando años más tarde, por consejo de Breton, escribe sobre esta experiencia amorosa su vida en España, surgiera un libro que al decir de muchos es una ilustración perfecta del concepto de «amour fou», tal y como lo preconizara el surrealismo. Su título: «Paroxysmes» (2). Según Francis Lacassin (3) —sin duda alguna el único historiador serio del «caso

(2) «Paroxysmes». Editions Figuières. París, diciembre de 1934.

(3) Francis Lacassin: «Musidora». Colección Anthologie du Cinéma. París, 1970.

Cine

** 459

Jean-Luc Godard
Cinco guiones

87

Michelangelo
Antonioni
La noche
El eclipse
El desierto rojo

** 115

Michelangelo
Antonioni
Blow-up
Las amigas
El grito
La aventura

223

Carl Th. Dreyer
Juana de Arco
Dies Irae

360

Alexander Kluge
Los artistas
bajo la carpa
del circo:
perplejos

295

Galvano
Della Volpe,
Umberto Eco,
Pier Paolo
Pasolini,
Glauber Rocha
Problemas
del nuevo cine

*** 441

Federico Fellini
El Jeque Blanco
I Vitelloni
La Strada
Il Bidone

Musidora—, «Paroxysmes» es la descripción clínica de un corazón hecho pedazos. Obra devastadora no por la intensidad del drama, sino por la serenidad con que su víctima se expresa, se narra...».

El 1 de noviembre de 1921 llega Musidora a Madrid en busca de Antonio Cañero. Esta le escribe a su madre: «Apenas si he llegado, y ya mi amante me quiere eternizar en un cuadro. ¿Y si fuera cierto? El pintor se llama Romero de Torres». Y uno, a su vez, se pregunta: ¿quién eternizó a quién? Porque lo cierto es que don Julio Romero de Torres, el que pintó a la mujer morena / los labios como la grana / y el alma llena de pena, le debe a este cuadro de Musidora —que se conserva en Buenos Aires— el haber sido redescubierto allende nuestras fronteras por jóvenes de nueva retina, que habrían de catalogarlo entre los pintores eróticos —y hasta surrealistas— de nuestro siglo. Lo descubrió Ado Kyrrou buscando material sobre Musidora. De esta forma, quien parecía destinado a la inmortalización casero-folklorica a través del cuplé, de los billetes de Banco, de los almanaques, de las cajas de pasas, habría de reconvertirse en figura bien distinta de aquella de la que Eugenio d'Ors decía: «Hay pintores que las pintan desnudas, y otros, en cueros, como Romero de Torres». Lo curioso del caso es que la bienpensante burguesía española comprase de siempre —y ahora— las obras de este pintor sin reconocer en ellas la increíble carga místico-erótica de sus desnudos cuaremales. En cierta ocasión, sorprendido alguien por este contrastante, Valle-Inclán le contestó: «Pues es bien sencillo: porque quien compra y paga es siempre el marido». Que uno sepa se anunciaban dos trabajos «revisionistas» sobre la obra de Romero de Torres: uno por un psiquiatra francés y otro por un erotólogo italiano.

De noviembre de 1921 a mayo de 1925 permanece Musidora en España, con muy breves visitas a sus padres y amigos en Francia. Durante este tiempo, la Musa Dadá —como la llamaba Georges Sadoul— dirigió e interpretó en nuestra Patria dos películas largas y una corta (4), amén de sus actuaciones teatrales, cantando en francés y en castellano. En castellano cantó una muy personal versión de «Es mi hombre», que hubo de suprimir el día en que don Alfonso XIII fue a verla actuar, según comenta la propia Musidora en una carta a su madre. Y añade: «Ha venido a pesar de los graves incidentes de Marruecos, que en estos momentos preocupan a la opinión

(4) Sorprende el desconocimiento de nuestros historiadores de cine sobre el paso de Musidora por España: Angel Zúñiga lo silenció, J. A. Cabero y F. Méndez-Leite dan cuatro datos equivocados... Sólo C. Fernández Cuenca parece conocerlo, aunque sin detenerse mucho.

MUSIDORA

española, y me ha invitado a palacio por considerarme no una "vedette", sino una auténtica artista».

Musidora produce, dirige e interpreta «Sol y sombra». El rodaje dura dos meses —enero y febrero de 1922— y se realiza en Toledo y Ecija, todo él en exteriores. Como asesores lleva a Jacques Lasseyne (Jaime de Lasúen) y al propio Antonio Cañero, que interpreta el primer papel: el del torero Antonio Baena. El argumento está basado en una historia de la novelista María Star, seudónimo de Ernesta Stern, curioso personaje que andaba por entonces en Madrid y que era, al parecer, familia de los Rothschild. Cuenta la historia de los celos terribles de una campesina española por una joven francesa, enamoradas ambas de un torero. La campesina española, ayudada por un anticuario de Toledo —jorobado para más señas— consigue asesinar a la extranjera y termina enloquecida, lanzándose al ruedo donde torea su amante. Musidora interpretó a ambas mujeres. Según el ya citado Francis Lacassin, la película tiene su interés, y conserva, a pesar del tiempo, un tono vigoroso, contrastado, muy de aguafuerte a la española. Existe



Musidora en 1920: año de la primera velada Dadá en París.

copia en la Cinemateca de París. A raíz de su estreno, el film recibió una acogida bastante fría, salvo por parte de Marcel Achard —entonces crítico de cine—, que lo calificó de «bello documento sobre el amor: tan simple como cruel». En Madrid se estrenó en el cine Royalty el 11 de octubre de 1922.

El segundo largometraje de Musidora en España se titula «La tierra de los toros», y es, según su autora, «una historia irónica y un documental poético sobre la tauromaquia». Lo rueda en la finca del propio Cañero, en Andalucía, durante el invierno de 1923-1924. Esta película, tan autobiográfica como insólita, constaba de dos partes, un intermedio y cuatro títulos, repartidos de la siguiente forma:

PRIMERA PARTE: a) «Confesión»: Musidora declara ante la cámara su deseo de marchar a Andalucía a rodar un film sobre los toros, y b) «Visperas de la corrida»: Escenas documentales sobre la vida de un torero y rejoneador en su finca y luego en el ruedo. Musidora se enamora del protagonista: Antonio Cañero, naturalmente, pero al ser rechazada por éste decide volver al teatro. INTERMEDIO: Aparición de Musidora en persona cantando ante el público sus canciones envuelta en sus mallas negras. SEGUNDA PARTE: c) «Metamorfosis»: Al volver a su camerino con el traje que le hemos visto en el escenario se encuentra con su torero. Parodia del «amor loco». Juramento ante Cañero de que nunca más volverá a ser la intérprete-vampira. Musidora maldice su traje, y d) «Epílogo»: Nueva confesión ante la cámara, esta vez ensalzando el matrimonio «a la española».

Ignoro si existe copia de este film. Lamentaría que se hubiese perdido. Si a la vuelta al tema que le diera la propia Musidora se uniera otra «vuelta de rosca» por parte de espectadores enterados del juego, podría resultar una muy apetitosa sesión de Filmoteca Nacional.

Según el ya citado biógrafo de Musidora, «La tierra de los toros» —la película-espectáculo— se proyectó en España en noviembre y diciembre de 1924 y en abril y julio de 1925. Esta segunda visita de Musidora con su film —dado que había roto con Antonio Cañero el año anterior—, al decir de la interesada, «fue un desafío que terminó con más pena que gloria».

Además de estas dos obras, realizó un corto —«Una aventura de Musidora en España» (1922), que se proyectó en algunos teatros españoles como prólogo a sus actuaciones frente al público.

Musidora se volvió a París. Sus amigos ya no eran dadaístas, sino surrealistas. Y fue fiel a sus amigos.

Musidora,
entre
los surrealistas

A mediados de 1925, Musidora vuelve a París. En cuatro años —los de su aventura española— sus amigos han implantado una nueva duda entre los intelectuales. Una duda que en las cartesianas mentes francesas suena a profanación. Un peligro se avecina para los bienpensantes: el subconsciente. Las compuertas del instinto, tan bien guardadas durante siglos, están en peligro. Y aunque el «orden público» ha tomado ya sus medidas contra los responsables de tales atentados a la sacrosanta inteligencia, lo cierto es que estos desaprensivos —afortunadamente una minoría— se atrincheran cada día más tras sus editoriales, sus librerías, sus galerías, sus salas de



Musidora: La Irma Vep de «Les Vampires» («Los Vampiros») —1915—, de Louis Feuillade.

reunión; están lo que se dice en la calle, pero son fáciles de descubrir, pues no niegan pertenecer a un movimiento que denominan surrealismo.

A Musidora aquel hervidero de ideas habría de marcarla de por vida. Le significó el autoconvencimiento de que todos sus actos —sus razones—, al decir de ella— obedecían a un incontrolado deseo liberatorio. Que sus «caprichos» no era tales, sino una necesidad de remar contra corrientes y, por lo tanto, contrarias al instinto.



En el papel de la campesina de «Sol y sombra» —1922—, película española producida, dirigida e interpretada por la musa Dada.

Abandona para siempre el cine. Musidora aseguraba haber visto todas las veces que le fue posible un número muy reducido de películas para ella claves. En particular, «The Cheat» («La marca de fuego») —1915—, de Cecil B. de Mille, titulada en Francia «Forfaiture», y «La eda de oro» —1930—, de Luis Buñuel. Según me confesó Georges Sadoul, fue Musidora quien un buen día arrastrara a Louis Delluc, a Jacques Feyder... y otros amigos a ver «La marca de fuego», descubrimiento este que dio origen a una nueva interpretación del cine por el cine, lo que hoy denominan los franceses «cinéma illettré» y que tanto ha servido para la nueva valoración y entendimiento de la cinematografía norteamericana.

Por estos años, Musidora escribe piezas de teatro y canciones. Desconozco las unas y las otras. Debían tener su gracia a juzgar por sus títulos: «Una mujer demasiado perfecta», «Mado, probadora de señores» y «De los fuegos: el primero»... entre las obras teatrales, y «Correspondencia por avión», «Habana, la Havane, Habana» y «Antes de dormir, escoge tu sueño»... entre las canciones. También escribe una novela: «En amor todo es posible» (5). En 1928, los surrealistas se enteran por la prensa de que la viuda de René Cresté —el intérprete de «Judex», que se encontraba en la más absoluta miseria, había intentado suicidarse. Deciden reparar tan injusta situación organizando un «acto público», con el fin de recuperar fondos para la infortunada mujer. Titularon el empeño «Ceremonia a beneficio de la viuda de Judex». Tal espectáculo tenía como fin, además del ya señalado, la rehabilitación del cine popular, de las películas por entregas. Iba a constar de dos partes: En la primera se proyectarían secuencias de las películas de Louis Feuillade, y en la segunda se representaría una obra teatral en episodios titulada «El tesoro de los jesuitas», de la que eran autores André Breton y Louis Aragon. La protagonista principal de la pieza sería Musidora. No podía ser otra. Había sido escrita para ella. Aparecería como vampira, como mujer fatal, como dama de corte, como ladrona, como policía, como muerta que anda... Y es más, todos los papeles secundarios habían sido bautizados con anagramas de Musidora. Por ejemplo: el señor Doramusí.

Sobre este texto de Breton y Aragon sólo sabemos —por las declaraciones de Musidora a un periodista— que se trataba de una alegoría que empezaba en 1910, cantando el Tiempo y el Espacio, enlazaba con 1928, mostrándonos la persecución y el asesinato del señor Paradés en el Museo Grévin, y se terminaba en 1939 con el triunfo de la franco-masonería. El espectáculo estaba previsto para

(5) «En amour tout est possible». Editions Figuières. París, 1929.

el 15 de diciembre de 1928, en la sala del Groupement des Spectateurs d'Avant-Garde. No se celebró por motivos fáciles de comprender. André Breton le escribe a Musidora lamentándose de este contratiempo —la carta está fechada el 11 de diciembre— y le afirma: «A muchos les hablo de Musidora y del mediocre porvenir que le espera al cine y al teatro francés, ignorantes siempre de quién eras y de quién eres».

Michel Sanouillet en su muy documentada tesis «Dada en Pa-



La musa del Dada y del surrealismo, tal y como se presentó a cantar cuplés en castellano en el teatro Maravillas de Madrid, el 20 de diciembre de 1922.

ris» (6), define el alcance de la personalidad de Musidora en estos años revolucionarios y revulsivos de la cultura de la siguiente forma: «Hay que remitirse a la correspondencia y a los escritos de los jóvenes autores de entonces para poder valorar en todo su alcance la influencia de este misterioso ser en el génesis del Dada y del surrealismo (...). Fue la gran iniciadora de ciertas «visiones», la Venus Negra de ojos inquietantes de Baudelaire, tan «docta en voluptuosidades», que el surrealismo habría de apropiarse de su muy particular y personal idea del arte de amar».

(6) «Dada à Paris», de Michel Sanouillet. Editions Pauvert.

En 1930 aparece el primer número de «El surrealismo al servicio de la revolución». Al año siguiente, Louis Aragon publica «Frente rojo». Los «cismas del surrealismo» darían origen a «un dragón de múltiples cabezas», ninguna indiferente a la hora de las transformaciones de nuestro siglo.

Musidora era ya una mujer de cuarenta años, se había casado con el doctor Clément Marot, había tenido de él un hijo, y un tanto en secreto seguía escribiendo, según ella, «para no defraudar a los amigos». Es entonces cuando publica su ya citada novela «Paroxysmes», a la que el tiempo ha enriquecido de muy nuevas significaciones.

Un largo olvido habría de borrar el nombre de Musidora a las nuevas generaciones.

Hasta que en 1944, en un París aún en guerra, en un París que espera angustiado la hora de su inminente liberación, Musidora, sola con su hijo, recibe una extraña carta. Dice así: «En estos momentos de hambre y asesinatos, nuestra causa, lo comprendo, no puede interesar a nadie, pero tras dar, no sin esfuerzo, con sus señas, me dirijo a usted para preguntarle: ¿quiere ayudarme a salvar la Historia del Cine? Si así lo desea, la espero esta tarde en el antiguo apartamento de Germaine Dulac. Puede serme de una enorme utilidad. Le saluda afectuosamente, Henri Langlois». Esta cita habría de ser de capital importancia para Musidora. La reconvertiría en un ser útil. Aquel mismo año, nada más liberado París, es nombrada por Henri Langlois «miembro-depositario de la Cinemateca Francesa, y en 1946 pasaría a encargarse de su Servicio de Prensa y Documentación, trabajo este al que dedicaría sus últimas fuerzas y en el que desarrolló una labor decisiva para los historiadores del cine.

Fallece el 11 de diciembre del año 1957. En el patio del hospital de Broussais, de París, sus nuevos y jóvenes amigos de la Cinemateca quedaron sorprendidos ante la presencia en aquel funeral de «eminentes hombres de Letras». Eran —por supuesto— los padres del surrealismo.

Según me confesara Georges Sadoul, el último «guiño surrealista» de esta mujer no fue en absoluto comprendido: Con motivo de celebrarse la Exposición Homenaje al Cincuentenario del Cine en la Cinemateca Francesa, el público, nada más entrar, quedaba sorprendido, cuando no molesto, al descubrir tumbada sobre un banco de madera a una mujer de setenta años, envuelta en unas mallas negras, con la cara empolvada en blanco, que miraba inmóvil, sin sonreír, como un espectro. El espectro de Irma Vep de «Los Vampiros». Alguien le colocó un ramo de rosas rojas en un lugar no adecuado. Tal vez, André Breton... ■ E. S. S.